

Antropología de los mundos contemporáneos

Antropología del mundo contemporáneo y trabajo de campo*

GÉRARD ALTHABE**

El artículo aborda el tema de las condiciones de posibilidad de la investigación antropológica en la sociedad contemporánea, a partir de un conjunto de trabajos llevados a cabo en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París. Parte de definir en primer lugar la diferencia entre el conocimiento producido por la antropología con respecto al que se produce dentro de otras ciencias sociales. En segundo lugar reconoce las características específicas del trabajo de campo en el contexto de las sociedades actuales, y destaca la imposibilidad de una aprehensión holística de la realidad sociocultural, la cual se encuentra fragmentada en ámbitos de experiencia diferentes y separados (los lugares de trabajo, de residencia, de esparcimiento). Finalmente, plantea la situación de la investigación en el contexto contemporáneo como una situación específica, provista de una lógica propia, para la cual es necesario poner en operación una utilería conceptual ad hoc, ya sometida a prueba en otros terrenos de estudio.
Palabras clave: métodos, antropología urbana, trabajo de campo, etnografía.

El problema que voy a tratar en esta exposición es simple: ¿cuáles son las condiciones requeridas para que una investigación antropológica, llevada a cabo aquí y ahora en el marco de nuestra propia sociedad, produzca ese conocimiento de tipo particular que es el conocimiento antropológico, es decir, un conocimiento generado desde el interior de un mundo social aprendido a una escala microscópica? Los elementos de respuesta que voy a intentar son traídos de una reflexión en curso, resultado de los trabajos realizados por el equipo de investigación del cual soy responsable en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París (Althabe *et al.*, 1984 y 1985).

Se debe distinguir inmediatamente el trabajo de campo antropológico de los procedimientos de encuestas cuyas reglas metodológicas han sido fijadas por las

ciencias sociales. En este último caso, las situaciones de encuentro entre el investigador y los sujetos que estudia son eventos casi experimentales, contruidos en función de perspectivas analíticas que gobiernan enteramente las modalidades de recolección y de interpretación de los datos. El encuentro es la expresión de una separación instituida entre el investigador y aquellos que él estudia; se inscribe en un registro de ruptura con la comunicación ordinaria. Al contrario, en el trabajo de campo antropológico, desde luego el investigador se mueve con base en un proyecto analítico que orientará la recolección y la interpretación de la información. Pero, de forma opuesta al modelo elaborado por las ciencias sociales en general, la práctica de la investigación se desarrolla en el interior del intercambio entre el antropólogo y sus interlocutores, tomando las formas

* Artículo recibido el 11/11/02 y aceptado el 29/11/02, publicado originalmente en *Terrain*, núm. 14, 1990. Traducción de Angela Giglia y Adriana Aguayo.

** Director de Estudios en la Ecole des Hautes Etudes en Ciencias Sociales, París, Centro de Estudios sobre los Mundos Contemporáneos. Correo electrónico: came@ehess.fr

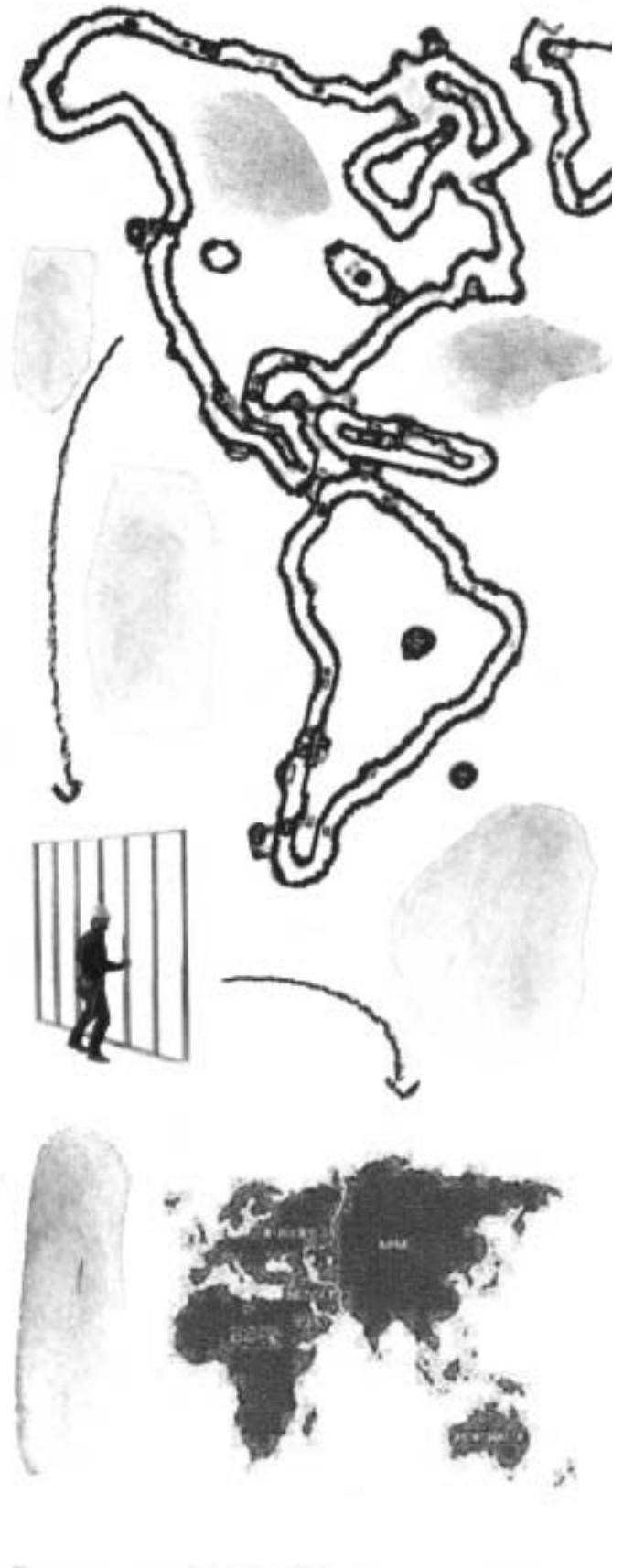
del diálogo. En ese diálogo, el investigador introduce una distancia que está condenado a reproducir en cada encuentro. En otros términos, la investigación antropológica, con la distancia que implica, se desarrolla en la no separación con la comunicación ordinaria.

¿Cómo construye el antropólogo esta distancia? A través de un proceso al que se puede llamar *fundacional*, en la medida en que constituye el punto de partida del procedimiento (*demarche*) antropológico.

1. El antropólogo considera a los sujetos que halla, agrupados en una situación empíricamente producida, como los actores de un universo social que le es extraño. Los intercambios que ahí se llevan a cabo elaboran (y son elaborados en) una configuración singular que él se propone hacer evidente. Simultáneamente, el antropólogo anticipa y fija la existencia de su objeto.
2. Igualmente, define su propia posición: se coloca en el exterior del universo social, se mira a sí mismo como si estuviera afuera de la situación de encuentro. La investigación de campo es un movimiento para superar esta exterioridad, un viaje que lo llevará hacia ese mundo del cual producirá un conocimiento desde adentro. En esta operación, el antropólogo se sitúa en el horizonte en el que se desarrollan su investigación y su análisis, la estrategia de campo y la interpretación.

¿Qué sucede cuando el etnólogo aborda los terrenos intrínsecos de una sociedad como la nuestra, cuando realiza sus investigaciones en situaciones de trabajo asalariado, en espacios residenciales urbanos o en redes de sociabilidad, en espacios sociales como el mercado de un centro citadino, un bar o una escuela? Sucede que el investigador y los sujetos se encuentran prisioneros de la situación de campo. La investigación y los resultados inmediatos que ésta arroja quedan encerrados en el contexto de la comunicación. Es aquí y en este instante que el conocimiento se produce.

Sin embargo, los sujetos reunidos en este “aquí y ahora” pertenecen a una pluralidad de situaciones sociales. Así, generalmente, el agrupamiento en la residencia y en el trabajo, desde el punto de vista de cada uno de los sujetos, no tiene nada que ver el uno con el otro. Además, en la situación de investigación, nuestros interlocutores se abocan a la producción de lo privado familiar, lo cual, en nuestra sociedad, se hace justamente mediante la construcción de una separación respecto a lo público, la edificación de una frontera que pone sistemáticamente al antropólogo afuera de la esfera privada. De esto se deriva que, a partir de una circunstancia tal como la del terreno de investigación,



el antropólogo no puede construir un conocimiento desde el interior, ni de las otras situaciones a las cuales pertenecen los sujetos, ni tampoco de lo privado familiar, de lo cual permanece alejado. Desde el lugar en el que está parado, no obtendrá otra cosa más que la representación de los intercambios que allí se verifican, bajo la forma de una puesta en escena producida en su encuentro con los sujetos y cuyo sentido debe ser principalmente buscado en la situación misma en la que este encuentro tiene lugar.

El primer objetivo a perseguir es, entonces, la construcción de un instrumento conceptual –el *modo de comunicación*–, que permita acceder a la inteligibilidad de los intercambios que se generan entre los sujetos mismos y de aquellos intercambios en los cuales el investigador está directamente implicado.

Regresemos a la operación fundacional, en la cual el etnólogo transforma a los sujetos, colocados en una situación, en actores de un universo social del que se considera excluido: da por descontado un objeto cuya existencia, en el paisaje que acabo de mencionar, no puede ser más que hipotética; no es posible confirmar su realidad sino en el transcurso de la encuesta, así que la interrogante sobre la pertinencia de la perspectiva que sirve de marco a la investigación es permanente.

En esta breve exposición no puedo dar cuenta de los *espacios de comunicación* (desde luego el término espacio es utilizado metafóricamente), de los modos de producción de las fronteras dentro de las cuales un modo de comunicación vale efectivamente como instrumento de inteligibilidad. La noción de coyuntura es central: en efecto, un espacio de comunicación se construye por definición en un lugar y en un momento singulares. Es necesario, por lo tanto, elaborar un marco de referencia para una metodología comparativa.

Una vez establecido el modo de comunicación y los límites del espacio en el cual los intercambios se realizan (a partir de situaciones de trabajo de campo recortadas en el ámbito de la residencia, del trabajo o en las redes de sociabilidad), es viable emprender diversas direcciones.

Se puede, por ejemplo, estudiar la forma en que, en el interior de ese ámbito, se representa la pertenencia de los sujetos a otras situaciones (en particular la relación entre trabajo y residencia); se dibuja, pues, un análisis de la interacción entre los diferentes espacios de comunicación.

Otra posibilidad es examinar el peso de las intervenciones exteriores (aquéllas, por ejemplo, de los trabajadores sociales o de los policías en un gran conjunto urbano) sobre la lógica del juego social autóctono, etapa necesaria para la comprensión de las prácticas cuyo epicentro es la articulación entre lo que ellas significan para sus actores y para las instituciones que los emplean, y su traducción en el idioma del modo de comunicación que estructura los intercambios protagonizados por los sujetos.

Se pueden también analizar las formas de edificación de la frontera que separa la esfera de lo privado familiar de los diferentes espacios de comunicación donde la investigación se lleva a cabo, en especial la reproducción de la diferencia y la construcción de la protección.¹

Recapitemos: el antropólogo se confronta a una situación empíricamente constituida (el campo), que es el producto de un recorte en lo social. A través de la operación que considero fundacional, el antropólogo se coloca en una perspectiva que gobernará su investigación. Debe preguntarse constantemente sobre la pertinencia de esta perspectiva, es decir, la realidad estudiada, y la respuesta no será elaborada sino en el transcurso de la investigación. De allí se deriva una conclusión: el antropólogo debe cuidarse de delimitar un objeto de conocimiento considerándolo como el marco en el que va a basar su investigación de la realidad. Esta fabricación hipotética de un objeto se da cada vez que el etnólogo trata a la situación concreta en la cual los sujetos son reunidos como si fuera un universo social extraño, y la tentación se hace más inevitable en la medida en que los sujetos seleccionados se encuentren más alejados, socialmente, de él mismo. Mientras más *otros*, el etnólogo corre más el riesgo de perder la vigilancia, y de transformar así, sin crítica previa, su pregunta en una respuesta preestablecida; de basar su procedimiento cognoscitivo en la persecución de objetos de conocimiento que no existen. Cuando esto sucede el trabajo antropológico se acerca a la ficción. Es éste el caso cuando se pretende definir la “cultura” de una empresa, o transformar una red de sociabilidad en un ámbito cerrado de relaciones interpersonales, o hablar de una identidad colectiva sustentada en la pertenencia a un cuerpo profesional, a una etnia, una clase de edad, un lugar de coresidencia (por ejemplo, un barrio considerado como “aldea en la ciudad”).

¹ Debo señalar los estudios sobre los espacios de comunicación particulares en los cuales los sujetos no hacen más que pasar, así los mercados del centro-ciudad, como aquél de Carpentras estudiado por Michèle de la Pradelle, los bares y cafés, los parques urbanos. Son igualmente escenas en las cuales se elaboran modos de intercambios específicos que son estudiados por ellos mismos, son concurrentemente espacios de comunicación que se constituyen, como en los otros, en un contexto (la ciudad, la familia, el trabajo) que es puesto a distancia.

La falta de vigilancia sobre la perspectiva generada a partir de la operación fundacional produce efectos sumamente negativos sobre la práctica de la investigación, tanto más en cuanto que investigadores y sujetos viven en un mismo mundo social, comparten normas y códigos y, sobre todo, una lengua. En ese encuentro con los sujetos, el etnólogo corre el peligro de perder su autonomía, de hacerse imponer por sus interlocutores las respuestas que sólo el proceso de la investigación puede producir. Selecciona, de lo que ellos le dicen, lo que refuerza su posición, adoptará los puntos de vista más cercanos a la misma.

Debe entonces reconquistar permanentemente su autonomía; ésta pasa por la distancia que introduce en cada encuentro. Las representaciones que los sujetos le dan de su mundo social o del de otros deben ser reubicadas en la problemática de la construcción del modo de comunicación y hay que interpretarlas en ese contexto.²

¿Qué sucede en el trabajo de campo? Por un lado, el investigador es un actor del juego social autóctono; desde su llegada está involucrado, casi siempre sin saberlo, en un entramado de alianzas y de oposiciones, es colocado en una posición que se irá transformando en el transcurso de la investigación. Por otra parte, él maneja una práctica que le es propia, desde las entrevistas, en donde tiene la iniciativa, hasta sus actividades de observación, pasando por las mil y una maneras de aprovechar el hecho de compartir con los sujetos una misma vivencia cotidiana; la distancia se produce y se reproduce en las actividades que componen esta práctica.

De hecho, el investigador es “producido” en cuanto actor social a través de los procesos internos que él ha definido como objeto de análisis; evocamos aquí a Gadamer cuando señala que de ninguna manera una situación puede ser considerada externa, ya que el investigador es obligatoriamente uno de los actores. La distancia que estructura las actividades del investigador, cuya producción a través de la operación fundacional acaba de describir, debe ser definida como interna a una comunicación, de la cual los sujetos son los actores y de la cual el antropólogo es parte activa, y no la simple traducción de una posición exterior.³

Constatar que el investigador es uno de los actores del juego social del cual quiere dar cuenta, evidenciar

su coherencia y definir sus reglas (de ese juego social), permite tratar a la propia investigación como un terreno de investigación; la manera en que el antropólogo es “producido” en cuanto actor, las transformaciones de su posición, las relaciones en las cuales está implicado forman parte del universo social estudiado y son elaboradas por el modo de comunicación del cual él construye los términos. Abocarse a interpretarlas es una de las vías que él puede emprender; para ello, debe organizar su trabajo de campo de una forma tal que propicie llevar a cabo una autorreflexión permanente. Ésta es una aproximación particularmente fructífera para analizar la manera en que, en un espacio de comunicación dado, se construye la articulación con el exterior: el antropólogo es ese personaje venido de afuera que es promovido como actor y utilizado como tal en los juegos sociales que pertenecen a su ámbito de investigación.

Puedo ahora dibujar a grandes rasgos la constitución y la interpretación del material. El trabajo de campo hay que concebirlo como un cuadro compuesto por eventos de comunicación (desde la entrevista o la reunión, hasta la situación particular de la observación, evento en el cual el investigador convierte a los sujetos en actores de un espectáculo del que se cree excluido). Se considera a cada evento como producto de una coyuntura, de esa forma es posible enfocar las relaciones que existen entre los diversos eventos, lo que permite dar forma a la temporalidad constitutiva del espacio de comunicación estudiado.

Valorar de esa forma el material producido permite colocar en un mismo marco interpretativo lo que tiene que ver con el intercambio verbal (la entrevista) y lo relacionado con la observación: el etnólogo está siempre ahí como actor, ocupa un lugar variable (así se evita la deriva policiaca de la investigación, la que consiste en evaluar a través de la dialéctica de la mentira y de la verdad lo que nuestros interlocutores nos dicen y lo que nosotros vemos).

Un trabajo de campo nos deja entre las manos principalmente cosas escritas (textos de entrevistas y de reuniones, recuentos escritos de observaciones). La escritura, cuyo efecto interno se refuerza por la transcripción de las entrevistas y de las reuniones, contiene potencial-

² Cuando los expertos externos y los habitantes repiten que los edificios de vivienda de interés social de tal conjunto urbano están vacíos de toda forma de sociabilidad, no se debe tomar esta evaluación como una respuesta negativa a la pregunta sobre la existencia de ese objeto (la sociabilidad). Y a la inversa, cuando se presenta al fraccionamiento de casas solas como una “casi-aldea” con una sociabilidad intensa o cuando se describe a tal empresa como el lugar donde se genera una cultura que no queda más que definir, no se debe pensar que esas representaciones son respuestas positivas a la misma pregunta.

³ Utilizando la categoría de lo extranjero para caracterizar su relación con los sujetos, el antropólogo cristaliza la exterioridad, se borra del espacio de comunicación. Al hacerlo, puede representarse su trabajo de campo como si fuera principalmente una aventura subjetiva y una iniciación, olvidando que él es uno de los actores del campo social que estudia.

mente el poder de disolver los eventos de comunicación en los cuales los intercambios verbales –ya ahora escritos– han sido producidos; el investigador es llevado a tratarlos como un gran texto en el cual toma significaciones e informaciones. La interpretación es un esfuerzo por combatir esta tentación; recompone los eventos, su articulación en la duración, ese trasfondo del cual los textos han surgido y de donde toman sentido.

Por lo tanto, es necesario abandonar el modelo epistemológico fundado en la disociación entre la práctica de investigación dirigida por el investigador y la comunicación ordinaria de la cual, como los sujetos, él es en cada momento un actor. Esta disociación se traduce en cada encuentro de campo: el investigador otorga sentido a lo que le es dicho y a lo que ve, separa y registra información y datos únicamente en el marco de la problemática de la cual es portador, esta práctica pasa por el esfuerzo de romper con la comunicación ordinaria, rechazando afuera del encuentro esa comunicación de la que paradójicamente afirma querer producir un conocimiento desde adentro. El investigador se encierra así en una temporalidad –la de su propio proceso cognoscitivo estructurado por la problemática– que permanece extraña a aquella en que sus interlocutores y él personalmente están presos. Este modo de constitución de la situación de encuentro produce la separación entre el material recopilado en la encuesta y la comunicación de la cual es el producto.

Surge entonces el tremendo problema del sujeto individual. El antropólogo y sus interlocutores son colocados en una situación que, desde el punto de vista de cada uno de los protagonistas, es parcial; cada uno de ellos está parado en la intersección de una pluralidad de espacios de comunicación y se protege a sí mismo en una esfera privada de la cual los demás se mantienen a distancia. En consecuencia, la manera en que un sujeto participa en el juego social estudiado no se puede comprender satisfactoriamente desde su interior, a partir del espacio de comunicación donde se realizó la investigación. Es menester una prolongación del trabajo de campo, en donde lo esencial ya no es la comunicación sino los sujetos que son los actores de ella.

No voy a desarrollar aquí todo el método, que consiste en la utilización de la entrevista de larga duración en la que se ofrece al interlocutor un marco sincrónico y diacrónico que le ayudan a elaborar el relato y la representación de su existencia. En el evento de comunicación tan particular que tal entrevista representa, el sujeto unifica a su manera las diversas situaciones a las cuales pertenece, las ordena y las jerarquiza en una

perspectiva singular, construye así una imagen de sí mismo. Paralelamente, guiado por las preguntas que surgen en la entrevista, observa las situaciones de encuentro donde él es el protagonista, pasa en reseña las representaciones que los otros se hacen de él. El objetivo es comprender las formas como el sujeto se produce y es producido como actor social. Así se podrá dar sentido al nivel de implicación, a la manera singular en que cada uno de los sujetos es actor del juego social particular del que fueron previamente definidas la coherencia y las reglas.

Ante el problema del sujeto individual, tenemos la obligación de alejarnos de la postura generalmente adoptada por el antropólogo; ésta se basa en la coincidencia existente entre los procesos constitutivos de la comunicación y de la transformación de los sujetos en actores; el etnólogo ocupaba una posición que le permitía retener en una misma mirada el uno y el otro dominio. Sin embargo, en los campos de los que hablamos hoy en día, el investigador queda preso en una situación que no es más que un campo entre otros en la existencia de los sujetos; debe entonces disociar los dos dominios, en la medida en que la producción del sujeto como actor pone en juego el conjunto de los espacios sociales en los cuales está involucrado.

Hasta aquí hemos tratado de recuperar un momento del proceso cognoscitivo, el trabajo de campo, en el cual se delinea la posibilidad de construir un conocimiento del interior de lo que por lo común se entiende como lo microsocioal. No se trata, evidentemente, de quedarse ahí. No es sino una etapa en la que no se pueden descuidar las obligaciones de un conocimiento producido en el interior de la comunicación compartida con los sujetos; la siguiente fase consiste en reubicar los resultados obtenidos en una perspectiva comparativa y temporal. Pero éste no es mi propósito de hoy.

A manera de conclusión, quisiera introducir dos temas de reflexión en forma de preguntas.

1. El lugar de lo social alcanzado por la investigación, en el cual por la investigación queda colocado (el campo de lo cotidiano con sus prácticas y sus interacciones, de las que el sujeto y el antropólogo son los actores, que se da en los marcos –barrio, red, empresa– producidos en la sociedad misma), ¿posee una autonomía tal como para que sea pertinente esa producción de conocimiento desde el interior?, o bien ¿es la escena de una obra cuyo guión se escribe en otro lado? y, si se limita a ese ámbito, ¿el investigador no se prohíbe la comprensión de lo que pasa?
2. Una sociedad como la nuestra genera una producción simbólica inagotable (las técnicas de la co-

municación le han dado una dimensión muy considerable) cuyas manifestaciones y productos constituyen nuestro medio ambiente. Los antropólogos concebimos esta producción simbólica como un dominio privilegiado, y nos damos a la tarea de dilucidar sus procesos fundamentales; de reconstituir su continuidad histórica. El conocimiento del interior de este dominio (mediante herramientas de tipo hermenéutico) se efectúa con unos procedimientos, de los cuales la investigación de campo –es decir, la comunicación en la cual los sujetos y el investigador son puestos en movimiento– no es otra cosa que un episodio. En el planteamiento que acabo de presentar, grandes capas de esta producción simbólica son dejadas de lado; no se la toma más que parcialmente, jamás por sí misma, sino a través

de su puesta en operación en los intercambios sociales. ¿No es acaso una forma de evitar la deriva que Marc Augé ha denunciado y que consiste en reducir el proceso de conocimiento antropológico al desciframiento de una cultura considerada metafóricamente como un texto? ¿No es hacer, en suma, de necesidad virtud?

Bibliografía

- ALTHABE, GÉRARD, BERNARD LÉGÉ Y MONIQUE SELIM
1984 *Urbanisme et réhabilitation symbolique*, Anthropos, Ivry, Bologne y Amiens.
- ALTHABE, GÉRARD, CHRISTIAN MARCADET,
MICHÈLE DE LA PRADELLE Y MONIQUE SELIM
1985 *Urbanisation et enjeux quotidiens*, Anthropos, pp. 37-47.